

DE TODAS PARTES

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26.-Barcelona



... Lucharon con encarnizamiento...

Precio: **10** céntimos

Núm. **5**

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año... . 5 ptas.
Un semestre. . . 2'75

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

EXTRANJERO

Un año. 10 ptas
Un semestre. . . . 5'50

Año I

Barcelona, 8 de junio de 1907

Núm. 5

Nuestra cubierta

Antonia era una hermosísima serrana, nacida casi en la boca de una de las mejores minas de Sierra Almagrera de donde su padre era capataz.

Diez años contaba cuando murió su madre y desde aquel momento, la niña transformada en mujer por efecto de las circunstancias, se hizo cargo de la casa y ni su padre ni su hermano adoptivo Juan, tuvieron que echar en falta la mujer del capataz.

Juan, era hijo de un minero, que había muerto algunos años antes, dejando á su pobre hijo abandonado puesto que su madre había fallecido también.

El padre de Antonia lo recogió; á su lado había crecido y cuando estuvo en edad de trabajar, le dió trabajo en la mina.

Juan tenía cuatro años más que Antonia. Los dos muchachos fueron creciendo y cuando contaba Antonia diez y ocho años y como hemos dicho, se había hecho una real moza, murió su padre.

Este suceso, produjo un cambio notable en la existencia de aquella familia.

Juan comprendió que amaba á Antonia con otro cariño distinto del fraternal y por lo mismo, obrando con una delicadeza extraordinaria, para evitar murmuraciones que pudieran redundar en desdoro de la huérfana, se separó de su casa, yéndose á vivir á la de otro de sus compañeros de trabajo.

Antonia, había sido requerida de amores por otro capataz joven y apuesto como Juan, pero

que solo buscaba en el amor de la huérfana la satisfacción de su inmunda pasión.

Confando la joven en sus palabras, fué dando cabida en su corazón á un amor del cual se aprovechó el bribón y con motivo de la muerte del capataz y de la soledad en que Antonia vivía, abusó de aquella confianza y alardeó ante sus compañeros del triunfo alcanzado.

Juan lo supo y sintió que su corazón se desgarraba, con mayor motivo al ver que su hermana adoptiva sufría por el abandono en que la dejó el miserable después que satisfizo su deseo.

Antonia quedó en cinta. Buscó á Rosendo que así se llamaba el seductor y éste la rechazó duramente.

Juan supo también el proceder de Rosendo y entonces se dirigió á él y ahogando su resentimiento, le rogó que cumpliera con su hermana adoptiva como era su deber.

Rosendo se negó á todo y por el contrario, pretendió reanudar sus relaciones con la huérfana, que á su vez le rechazó con aspereza.

Pero él, ya que de grado no podía conseguir su propósito, quiso alcanzarlo por la fuerza y una noche, violentando la puerta de la casa de Antonia, penetró en ella.

Juan, no le había perdido de vista desde la última vez que habló con él. Le vió entrar en la casa y á su vez entró también y presto escuchó la voz de la huérfana pidiendo socorro.

Ciego de ira se precipitó en la estancia y se arrojó sobre Rosendo. Ambos lucharon con encarnizamiento hasta que por fin Rosendo cayó muerto de una puñalada.



Fatal equivocación

Maximino Acebedo se consideraba el hombre más fe'iz del Universo.

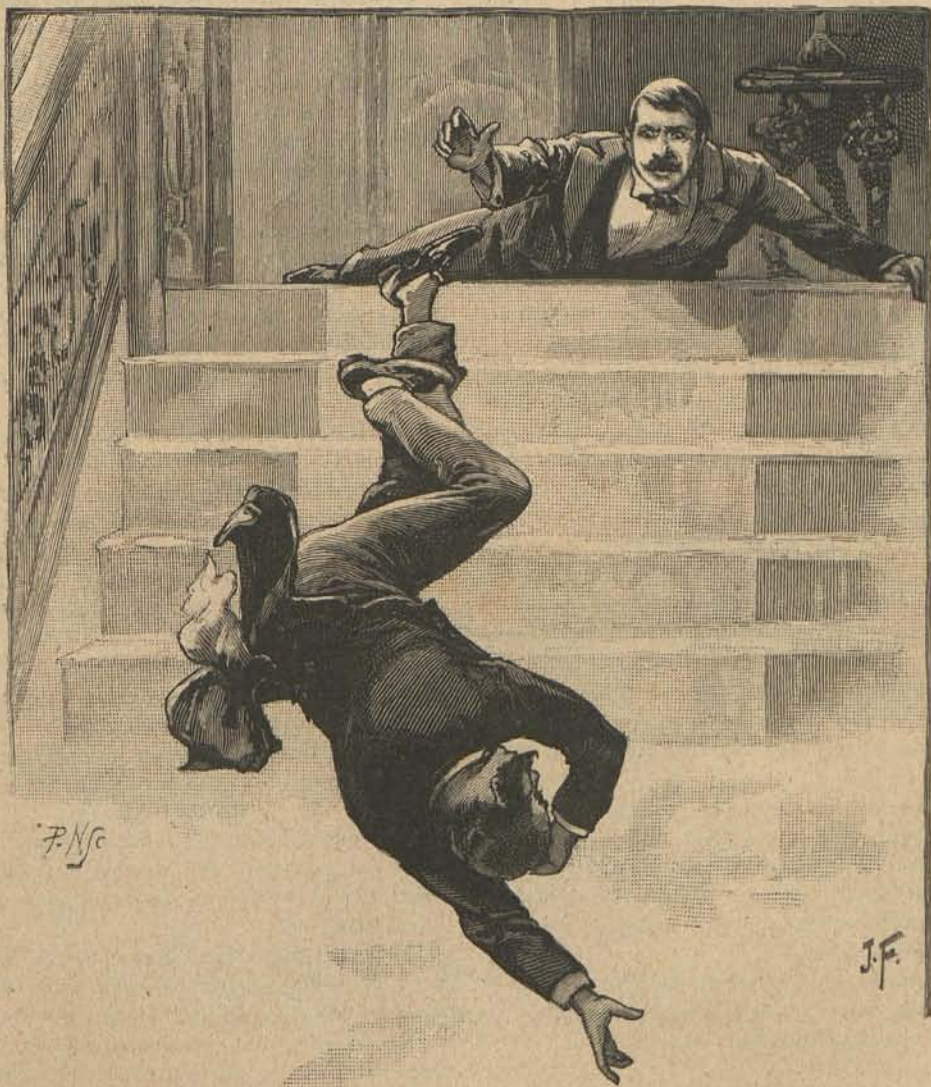
Treinta años, treinta mil pesetas de renta, una preciosa quinta en un pueblo cercano á la costa, y una mujer tan adorable como adorada,

entre los dos amigos, eran las discusiones políticas.

Mariano era fogoso republicano

Maximino era carlista.

Lo mismo Pérez que Acebedo, aun cuando alguna vez discutían como hemos dicho, tenían el buen criterio suficiente, y la amistad bastante, para detenerse en medio de su discusión y



eran causa bastante para que ni envidiase á los que poseían más que él, ni anhelase disfrutar de los goces que ofrecían las grandes ciudades.

Tenía un amigo íntimo á quien quería como á un hermano, y Mariano Pérez que así se llamaba éste y era médico del pueblo, le correspondía de igual modo.

Lo único que alguna, aun cuando muy rara vez, solía alterar la buena armonía que reinaba

echarse á reir, darse la mano y decir uno á otro:

—¡Chico, chico! No hagamos más el loco. Nuestra amistad ha de ser y será superior á todo.

Maximino tenía depositada su confianza en Cosme García, antiguo servilor de su padre, que le había llevado en brazos cuando niño, que á su padre salvó la vida en una ocasión y que á pesar de sus años desempeñaba en casa del hijo el cargo de mayordomo.

Un día Maximino tuvo que ir á la ciudad para evacuar algunas diligencias importantes, y su estancia allí se prolongó más de lo que creía.

En este período, se habló de una conspiración descubierta, en sentido avanzado, y si bien cogieron algunos de los comprometidos, otros pudieron escapar.

Entre estos estaba un hermano de Mariano.

Llegó como pudo á casa de éste y como se le perseguía y se le buscaba, el médico no encontró lugar más seguro para esconder á su hermano, que la casa de su amigo.

Habló con la esposa de éste y convinieron que el fugitivo entrase por la noche para que ningún criado se enterase, y la esposa de Maximino le conduciría hasta el desván de la casa, donde le prepararía medios de poder estar.

Así se hizo, y el hermano del médico, á las altas horas de la noche, descendía del desván y paseaba por el jardín en compañía de la esposa de Maximino ó del médico, si sus ocupaciones le permitían ir á ver á su hermano.

Cosme, creyó escuchar una noche rumor en el jardín, se levantó con mucho cuidado y se aproximó á una ventana.

Parecióle ver á su señora que paseaba, hablando con un caballero.

La sorpresa le dejó sin saber que hacer.

No daba crédito á sus ojos y, sin embargo, era cierto que su señora, la esposa de aquel tan noble caballero, como era su amo, estaba en el jardín á aquella hora acompañada de un desconocido.

¿Quien podía ser este? Un amante únicamente podía ser el que á tales horas se encontrase allí.

De pronto desaparecieron la dama y su acompañante.

Por más que escuchó nada pudo percibir ya.

Bajó al jardín y lo recorrió todo. La puerta falsa que daba á la carretera estaba cerrada.

A la noche siguiente quedóse en observación.

Y vió que su señora, como la anterior, paseaba con el mismo caballero.

Y más tarde, los dos penetraron en la casa.

Entonces ya no le quedó ninguna duda.

La señora engañaba á su esposo.

Disponiéndose estaba Maximino para regresar á su casa, cuando recibió una carta de Cosme.

Que efecto no le produciría, cuando aquella misma noche y sin detenerse á terminar los asuntos que había ido á ventilar á la ciudad, tomó el tren, llegando cerca de la madrugada á la estación.

Cosme le esperaba en ella.

Inmediato á la estación estaba el cementerio y allí llevó el mayordomo á su amo, conduciéndole delante de la tumba donde estaba enterra-

do su padre, cual si con esto quisiera revestir de mayor solemnidad la tremenda revelación que iba á hacer.

El joven, cada vez más sorprendido, se dejó conducir por su mayordomo, el cual ante aquella tumba, teniéndole cogida la mano, le dijo lo que había observado, acusando á la inocente esposa de un crimen en que ni había pensado siquiera.

Maximino tenía una fe ciega en Cosme. También la tenía en su esposa, pero lo que aquél le había dicho era de tal naturaleza, que sin atreverse todavía á darle crédito, resolvió esperar la siguiente noche para convencerse por sus propios ojos.

Y efectivamente, escondido en la habitación de Cosme, pasó todo el día y cuando llegó la noche encargó al fiel mayordomo que le avisara cuando viera juntos á los presuntos amantes.

Aquel día había recibido el médico noticias importantes referentes á su hermano, puesto que había tenido una confidencia participándole que la autoridad iba á practicar pesquisas en el pueblo.

Con estas noticias, el médico, adoptando toda clase de precauciones, y avisada previamente la señora, penetró en el jardín por la puerta falsa cuya llave tenía y se dirigió resueltamente á las habitaciones de la esposa de su amigo.

Cosme, puesto en observación, vió entrar un hombre en el jardín, extrañándole al suponerle el amante de su señora, que hubiese ido más temprano que de costumbre.

Cosme dió aviso á su señor de que el amante había llegado y Maximino, ciego de ira, desesperado, se dirigió hacia las habitaciones de su esposa con el propósito de sorprender á los adúlteros.

Pero cuando él llegó, Mariano había salido ya de la habitación y se disponía á franquear la escalera excusada que desde el piso conducía hasta el jardín.

Oscuro como estaba aquel sitio, Maximino arrojóse sobre el que juzgaba su rival y una violenta lucha se entabló en el pequeño rellano de la escalera, lucha que concluyó de una manera inesperada puesto que el médico perdiendo pie, rodó por toda la empinada escalera yendo á chocar violentamente contra las losas del portal.

Aquella lucha silenciosa, había durado breves instantes y aun cuando el golpe que el médico había recibido fué terrible, la misma violencia de él le hizo perder el sentido sin exhalar un grito.

También Maximino había recibido en la lucha un violento golpe en la cabeza, y la sangre brotaba de la herida. Pero lo que acababa de hacer,

lo que presumía que había ocurrido con aquel desgraciado, le dejaron aterrado y cuando Cosme se reunió con él, le dijo que le acompañase á recoger el cuerpo de aquel desgraciado y llevarlo al cementerio próximo donde le dejarían abandonado.

Lióse la cabeza con un pañuelo y ayudado por el anciano, haciendo el menor ruido posible, cogieron el inanimado cuerpo, cruzaron el jar-

salió del cementerio, corrió á su casa y penetró en las habitaciones de su esposa.

Allí quedó descubierto todo. El hermano del médico reposaba tranquilamente en el desván, donde se le había ocultado, y al saber la desgracia de su hermano, quiso lanzarse á socorrerle si era tiempo todavía. Pero en aquel momento llegaba Cosme para anunciar á su señor que Mariano acababa de volver en sí.



dín, salieron por la puerta falsa y se dirigieron al cementerio.

Cuando á él llegaron, empezaba á amanecer. Cosme apenas si podía dar un paso y Maximino cogió en sus robustos brazos el cuerpo del desgraciado y le depositó en tierra.

Únicamente entonces fué cuando pudo ver el rostro del que juzgaba su rival.

Lanzó un grito y presa de un vértigo horrible,

Transportado Mariano á su casa, Maximino estuvo cuidándole cariñosamente, consiguiendo verle restablecido á los pocos días.

En cuanto á su hermano, autor inocente de la que pudo ser irremediable desgracia, consiguió pasar la frontera.

Cosme no se pudo perdonar nunca aquel exceso de celo, que tanta desdicha pudo ocasionar.

El puñal de plata

En medio de la llanura inmensa, árida y estéril, que se extiende á algunas leguas de la ciudad de Montluzón, se veía una miserable cabaña de tierra con techo de paja y hojarasca, donde hace unos veinte años vivía, entre las mayores



privaciones y en unión de su familia, Juan Barbeau, cuya única industria era cortar los troncos secos de

los bosques y matorrales del contorno.

Cerca del hogar, donde ardían enormes tizones de pino, se veía sentada una mujer de veinticinco años, pero que parecía ya vieja, á juzgar por sus canas y arrugas.

A dos pasos del hogar, en el rincón más abrigado de la cabaña, duerme con profundo y penoso sueño una robusta niña acostada sobre un tablado sostenido por dos banquillos.

Al lado del pobre ángel dormido velaba con solicitud maternal la hija mayor, niña que, á pesar de tener más de siete años, era juiciosa y tranquila, y que avivando de vez en cuando el fuego del hogar, espía todos los movimientos de su hermana. Pero vanos fueron sus esfuerzos solícitos, pues los silbidos del viento despertaron, al llegar hasta la miserable cuna, á la pobre niña.

—¡Tengo hambre!—exclamó Margarita con acento desgarrador.

—¡Tengo hambre y sed!—añadió, al fin, la

hermana mayor, volviéndose con ademán doloroso hacia su madre.

—Tened paciencia, hijas mías,—respondió la pobre acariciándolas;—vuestro padre ha ido á la ciudad y no tardará en volver trayendo pan.

Media hora después se oyó un rumor lejano.

—¡Silencio!—exclamó la madre.—Es vuestro padre, hijas mías.

En aquel instante apareció en el umbral de la puerta un hombre de unos cuarenta años, con la frente surcada de arrugas y los cabellos largos y lacios que le caían hasta los ojos.

Sostenía en el brazo derecho una escopeta y en el extremo del cañón se veía un pan de cuatro libras.

Apenas entró, se dejó caer, rendido de cansancio, en un banco, y dijo, después de un momento de silencio, entregando la escopeta á su mujer:

—Toma, Mariana, toma este pan y comedlo entre las tres. ¡Sin duda, tendréis buen apetito!

—¿No quieres tu parte, Juan?

—No: te digo que es para vosotras.

La madre y las dos niñas se arrojaron sobre el pan con ahinco salvaje, sin detenerse á dar las gracias ni abrazar á su bienhechor: hacía dos días que no habían probado alimento.

Juan Barbeau contemplaba este cuadro con mirada sombría y feroz.

Mariana dijo, haciendo una seña á las niñas:

—Venid, ángeles míos; venid á abrazar y á dar las gracias á vuestro padre.

—Es cierto,—exclamó Catalina llenando de besos la frente y las manos del leñador;—nos has salvado, querido padre. ¡Te deberemos á ti el vivir mañana!

Al oír estas palabras, el leñador frunció involuntariamente el entrecejo y dijo con tono extraño:

—¡Mañana! ¡Ah! ¡Hijas mías! ¿Quién sabe si habrá un mañana para nosotros? ¡El pan que os he traído era mi único recurso!

—¿No te han dado nada,—dijo Mariana,—por los troncos que debías vender al panadero de Cerilly?

—No los ha querido, por ahora, al menos, porque no necesita encender el horno; no le venden trigo en el mercado ni harina en el molino, y le es imposible hacer más pan.

—¿Y el cura?

—Se halla en la misma situación que nosotros, su bolsillo está tan lleno como el mío. He salido de su casa con tanta tristeza como cuando cerré esta mañana la puerta de la cabaña.

—Pero los señores del castillo no estarán en

igual caso, y, si no te han dado, al menos te habrán prometido...

—Me han prometido llevarme á la cárcel si continuo matando sus liebres y perdices en las márgenes del parque: así me lo ha avisado el guarda Vanier. Los señores del castillo tienen el corazón más duro que las losas de su patio.

—Juan,—respondió Mariana,—haces mal en tenerles odio: no saben cuánto padecemos.

—¿No lo saben? Pues tiempo es ya de que lo sepan.

—Sin duda; pero con dulzura...

—¡Ó con violencia!

—¿Qué quieres decir, Juan? ¿Has perdido la razón? Nunca te había visto con rostro tan feroz: la desgracia ó el infierno te inspiran tan malas ideas... ¡Juan, vuelve en tí! Padece-remos, si Dios lo tiene dispuesto; pero te suplico que dejes las amenazas.

Después de pronunciadas las anteriores pala- bras, reinó en la pobre choza un momento de silencio. Mariana vertía muchas lágrimas.

—Oye, Mariana,—añadió el leñador,—es pre- ciso que acabe nuestra miseria. Siempre fui hombre honrado y respeté lo ajeno. ¡Necio de mí! No há mucho que he en- contrado en el camino á Santiago Bal- mat, que me ha dicho al oído: «—¡Ven conmigo!»

—¡Virgen Santísima! ¿Acaso has per- dido el juicio, Juan mío? ¡Santiago Bal- mat! ¡Un ladrón!

—Será lo que quieras; pero hay dinero en su bolsillo y encuentra albergue y comida en todas las posadas del país. Sus hijos no lloran de hambre como los nuestros.. ¡Ah! La virtud es para mí un peso insostenible. ¡Quiero imitar á San- tiago, y hoy mismo me lanzaré á mi nueva vida!

Mariana, que no tenía fuerzas para hablar, se arrojó á sus pies para conte- nerle.

—No tengo pólvora, ni dinero para comprarla, y no me serviré de la esco- peta; pero, en caso de necesidad, pronto se encuentran armas.

—¡Juan, querido Juan! ¡Piensa en tus hijos, en tu mujer, en tu salvación eterna!

Pero el leñador no la escuchaba, y salió de la cabaña diciendo:

—¡Desgraciado del primero que encuentre en mi camino!

Luego que Juan salió, su esposa tomó á sus hijas de la mano y les mandó que se arrodilla- sen delante de un crucifijo de madera.

—Venid, hijas mías: enjugaos las lágrimas y repetid esta oración. «¡Señor, Dios mío! ¡Haced que nuestro padre no se convierta en ladrón!»

Las niñas repitieron con voz argentina la oración de su madre.

Juan Barbeau corría en tanto á esconderse detrás de los matorrales que forman la margen del camino por donde, á largos intervalos, pasa- ban algunos viajeros.

La noche empezaba á tender sus negras som- bras.

—Si pasara por aquí,—decía el bandido im- provisado,—algún príncipe ó banquero cargado de oro, me vería en el mayor apuro. En primer lugar, soy muy novicio en este oficio maldito, y, por otra parte, no tengo absolutamente nada para atacar ó defenderme. ¿Qué haré? ¿Cortaré un palo en el bosque? Pero ¿de qué me servirá el palo? Si tropiezo con algún tratante de bue- yes, por ejemplo, llevará también el suyo y ade- más un gran cuchillo. ¿Qué haré?

En el momento en que acababa de pronunciar estas palabras, se oyó á lo lejos el trote de un



caballo y, prestan- do oído hacia el lado de donde se oía el ruido, se convenció de que

se acercaba un viajero á caballo.

—¿Cómo le atacaré?—se preguntaba á sí mismo.

El leñador se paró un instante detrás de una corpulenta encina. Sus cuarenta años de vida honrada se presentaron á su alma en algunos

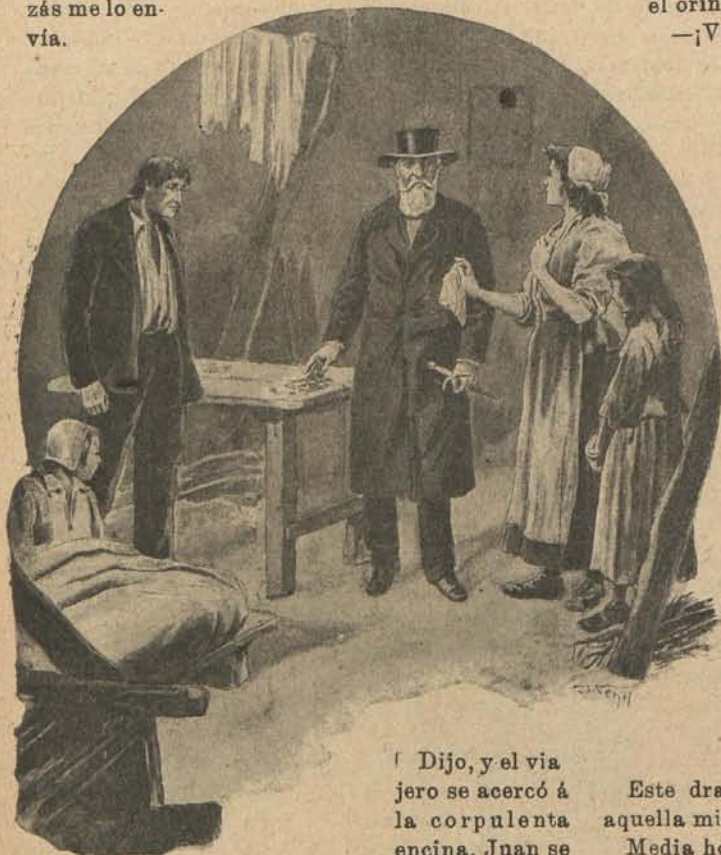
segundos, y llenaron de angustia su corazón. Aunque el frío era intenso, copioso sudor inundaba su frente.

—¡Voy á ser un ladrón!—pensaba —Pero ellas tienen hambre y mañana...

Los pasos del caballo se iban haciendo cada vez más sonoros.

En aquel instante, mientras Juan daba un paso hacia atrás para espiar, un objeto duro y cortante tropezó con su calzado. Se bajó.

—¡Un puñal! ¡Un puñal!—murmuró.—Está enmohecido; pero tiene afilada punta. ¡Ea! El infierno quízs me lo envía.



¡Dijo, y el viajero se acercó á la corpulenta encina. Juan se lanzó al camino

como un tigre herido y dijo en voz alta, levantando el puñal:

—¡La bolsa ó la...!

Pero, al conocer á la persona á quien atacaba, añadió:

—No, no... ¡Una limosna... por Dios... caritativo caballero!

—¡Cáspita!—exclamó el caballero, que había empuñado una pistola.—¡Vaya un modo de pedir limosna!

El que así hablaba era un hombre alto, robusto y bien armado, que, asiendo al leñador por el brazo, le arrancó el puñal de la mano.

—Has hecho bien,—le dijo,—en cambiar el

tono de tu canción. Pides limosna y te daré un luis; pero te confisco el puñal.

—¿De dónde lo has sacado?—añadió despues de haber contemplado la hoja.

Antes de pasar adelante son indispensable dos palabras por vía de paréntesis.

El viajero era nada menos que el señor conde Segismundo de Altafort, individuo de la Sociedad de anticuarios de Berry, es decir, el hombre más aficionado á antiguallas que existía entonces en Francia. Al examinar despacio la daga que había arrancado de manos del leñador, dió un salto sobre la silla y exclamó, quitando el orín y el barro que cubrían la hoja:

—¡Válgame Dios! ¡Es un puñal de plata! ¡Un puñal de la Edad Media!

Transcurrieron algunas minutos de examen y continuó su monólogo.

—¡Qué veo! ¡Qué veo! Tres flores de lis y un halcón... ¡Las armas del bastardo Dunois! ¿Si será el puñal que cita la crónica? «El valeroso bastardo consiguió que tres ingleses se presentasen á combatir con él, á puñal en el Borgoñés, al pie de la encina torcida.» Por segunda vez te pregunto: ¿dónde has hallado este puñal?

Juan Barbeau indicó con la mano el árbol donde había hallado el arma.

—¡Magnífico!—exclamó el conde.—Me has pedido limosna como el bandido de Gil Blas; pero no importa. Conozco que te has arrepentido y te soy deudor de un monumento histórico que busco hace treinta años. Cuenta con mi protección.

Este drama, que es auténtico, se desenlazó aquella misma noche.

Media hora después de la escena que acabamos de contar, el anticuario y Juan Barbeau entraban juntos en la cabaña.

—¡Justo cielo! ¿Qué significa esto?—dijo Mariana con temor.

—Significa,—respondió el leñador,—que Dios nos ha salvado.

Y contó lo que acababa de suceder.

Apenas cesó de hablar, el conde de Altafort dejó sobre un banco un puñado de oro, una cantidad enorme para aquella pobre familia.

—Este es el precio del puñal de Dunois,—dijo.—Si no os parece bastante, decidlo.

Pasó el invierno; Juan Barbeau volvió á trabajar y todos los días repetía á sus hijos:

—Nada autoriza el robo, ni aun el hambre.

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

A pesar de mi triste estado, noté dos cosas: la primera, que el hombre de los ojos verdes estaba algo bebido, como el capitán lo indicara, y que, ébrio ó no, tal vez sería para mí un amigo útil.

Cinco minutos después cortaron mis ligaduras, y un hombre se me cargó al hombro para conducirme al castillo de proa, donde me echaron sobre algunas mantas y donde lo primero que hice fué perder el conocimiento.

¡No fué poca ventura para mí abrir de nuevo los ojos á la luz del día y encontrarme en compañía de otros hombres! El castillo de proa me pareció un sitio bastante cómodo, y allí vi varios marineros, unos fumando y otros durmiendo. Como el día era apacible y el viento favorable, abriéronse las escotillas y la luz aumentó: hasta tuve el gusto de ver penetrar un rayo de sol hasta mí; y como si esto no fuera bastante, uno de aquellos hombres me presentó una bebida preparada por el Sr. Riach, aconsejándome que permaneciera tranquilo si quería restablecerme pronto.

—No tienes ningún hueso roto,—añadió;—un golpe en la cabeza no es nada, muchacho, y te advierto que yo soy quien te lo dió.

En el castillo de proa pasé varios días como prisionero; y no solamente me restablecí, sino que llegué á conocer bien á toda aquella gente. Eran hombres rudos, como lo son la mayoría de los marinos; hombres que, por sus desgracias circunstancias ó sus apuros, se veían obligados á pasar la vida en los mares, sometidos á la voluntad de jefes desalmados.

Entre aquellos individuos contábanse algunos que habían navegado con piratas y visto cosas de que sería vergonzoso hablar, y otros que eran desertores de los buques de guerra y habían estado condenados á muerte, de lo cual parecían hacer un mérito. Sin embargo, á los pocos días de conocerlos bien á todos, rectifiqué algo el primer juicio que había formado de ellos.

Ningún hombre es en sí del todo malo, sino que cada uno tiene sus propias faltas y virtudes, y aquellos marineros no formaban una excepción de la regla. Aunque rudos, y crueles á veces, tenían muchas virtudes: mostrábanse bondadosos en ciertos casos y hasta tan sencillos como yo, no siendo raro ver en ellos algún rasgo de honradez.

Uno de mis compañeros, hombre de cuarenta años, solía pasar horas enteras á mi lado y hablábame de su mujer y de su hijo. Era un pescador que en otro tiempo perdió su barca y que, buscando ocupación, obtúvola al fin en el *Covenant*. A decir verdad, comprendí que muchos de aquellos infelices debían haberse visto en situación tan precaria que les había sido forzoso aceptar cuanto se les propusiera.

Entre sus diversos actos loables, uno de ellos fué devolverme mi dinero, que se habían repartido ya; y aunque no era gran cosa, complacióme mucho recobrarlo, pues pensé que me podría servir de mucho cuando desembarcara. El buque hacía rumbo á las Carolinas, y ya se comprenderá que yo no iba solamente allí como un desterrado. El comercio, pobre entonces, había cesado casi del todo con la rebelión de las colonias y la formación de los Estados Unidos; pero en aquella época aun se vendían hombres blancos como esclavos, y á ser uno de éstos estaba yo condenado por mi infame tío.

El grumete Ransome, que me había hablado de todas estas atrocidades, se presentaba á veces curándose alguna contusión, renegando de la crueldad del capitán. Esto me producía un sentimiento profundo; pero todos los marineros manifestaban mucho respeto á Hoseason, asegurando que no era tan mal hombre cuando no estaba bebido. No dejó de llamarme la atención que el Sr. Riach se mostrase taciturno y grosero cuando no bebía, mientras que el capitán no hubiera sido capaz de hacer daño á una mosca cuando se embriagaba.

Hice todo lo posible por granjearme la amistad de Ransome; pero su inteligencia era muy pobre, y apenas me parecía humana. No recordaba cosa alguna sobre su vida antes de ir al mar, conservando sólo como una reminiscencia de que su padre construíra relojes. Las penalidades y peripecias de su existencia le habían hecho olvidar todo su pasado, y tenía una extraña opinión sobre la tierra firme, figurándosele que en ella, á juzgar por lo que había oído decir á varios marineros, se sometía á todos los muchachos á la esclavitud. Yo le dije que se me había tratado muy bien en la misma tierra que él temía tanto, y que yo tenía amigos y parientes que se interesaban por mí. Cuando Ransome acababa de recibir algún golpe, lloraba amargamente, jurando que huiría; pero si se hallaba en su estado normal ó bebía alguna copa de aguardiente, olvidaba muy pronto sus propósitos.

El Sr. Riach (¡Dios me perdone!) era quien daba de beber al muchacho, y yo supongo que lo hacía con buen fin; pero sin contar que con esto perjudicaba su salud, era muy lastimoso

ver aquella pobre criatura bailar y hacer contorsiones, cuando bebía, como si estuviera loco. Unos marineros se reían, pero otros mostraban enojo, pensando tal vez en sus hijos, y aconsejábanle que no hiciera necedades. En cuanto á mí, avergonzábame sólo de mirar al chico y no pocas veces se me ha representado en mis sueños.

El bergantín debía luchar continuamente contra vientos desfavorables, de modo que las escotillas estaban siempre cerradas y había muy poca luz en el castillo de proa. Todos los tripulantes estaban muy atareados por efecto de las repetidas maniobras, y esto les ponía tan de mal humor, que renegaban día y noche. Como no se me permitía poner el pie en la cubierta, ya se comprenderá cuán cansado estaría de aquel género de vida y cuánto deseaba un cambio.

No tardó en presentarse, según se verá; pero antes debo dar cuenta de una conversación que tuve con el Sr. Rich, el cual me comunicó ánimo para sufrir mis atribulaciones. Aprovechando una ocasión favorable en que había bebido, pues nunca se acercaba á mí cuando estaba sereno, referíle toda mi historia, rogándole que respetara mi secreto.

Riach me dijo que aquello le parecía un cuento; que haría cuanto pudiese por mí, proporcionándome por lo pronto papel, pluma y tinta para escribir una carta al Sr. Campbell y otra al Sr. Rankeiller; y que si le había dicho la verdad, apostaba diez contra uno á que yo recobraría mis derechos con su auxilio.

—Entretanto, —añadió, —mostrad firmeza, porque no sois el único que se puede quejar: muchos hombres hay que navegan cuando podrían disfrutar de sus bienes y tener coche y caballos. Miradme á mí: yo soy hijo de un poderoso jefe, y casi un médico, y sin embargo, debo tolerar la compañía del capitán Hoseason.

Me pareció deber de cortesía rogarle que me refriese su historia.

—No tengo ninguna, —contestó; —me ha gustado la broma y nada más.

Dicho esto, se alejó de mí.

VIII

LA CÁMARA

Cierta noche, á eso de las doce, uno de los marineros que estaban de guardia bajó á buscar su chaquetón, y poco después se comenzó á murmurar, diciéndose algo sobre el capitán. Apenas tuve tiempo para enterarme, porque de pronto se presentó Hoseason, y después de mirar á su alrededor á la oscilante luz de la linterna que

llevaba, dirigióse hacia donde yo estaba y con no poca sorpresa mía díjome con bondad:

—Joven, será preciso que sirvas en la cámara: desempeñarás el servicio de Ransome.

En este momento aparecieron dos marineros por la escotilla, llevando al pobre chico en sus brazos; y como el buque se balanceaba mucho, la luz de la linterna se reflejó de pronto en las facciones de Ransome: estaba pálido como la cera, y en sus labios parecía dibujarse una espantosa sonrisa. Confieso que se me heló la sangre en las venas, y quedé sin aliento un instante.

—¡Lleváoslo pronto! —gritó el capitán.

Pasé por entre los marineros y subí presuroso á cubierta.

El bergantín se deshizaba ligeramente aunque la mar era muy gruesa, y por entre las velas parecióme ver una brillante puesta de sol, lo cual me sorprendió mucho á semejante hora de la noche; pero era yo harto ignorante para comprender el fenómeno. En aquel momento navegábamos por el norte alrededor de Escocia, y estábamos en alta mar en las islas de Orkney y Shetland, habiendo tomado aquel rumbo para evitar peligrosas corrientes. Como había estado preso tanto tiempo, y muchos días en la oscuridad, no entendía nada de vientos, y parecíame que debíamos hallarnos en medio del Atlántico. Comencé á correr por la cubierta de un lado á otro, tropezando con las cuerdas y aparejos; y á no ser por un hombre, que varias veces me había manifestado simpatías, me hubiera caído al mar.

La cámara donde debía prestar mis servicios hallábase á unos seis pies sobre cubierta, y atendida la cabida del buque, era de regulares dimensiones. En el interior veíase una mesa amarrada, un banco y dos coys, destinado uno de ellos al capitán, y el otro á los dos pilotos, alternativamente de guardia. Allí estaba también el depósito de víveres, y en un compartimiento guardábase la mejor pólvora, así como las armas de fuego. La mayor parte de las hachas y cuchillos estaban en otra parte.

Una ventanilla á cada lado dejaba penetrar la luz durante el día, y por la noche encendíase un farol, que ardía cuando yo entré. Lo primero que vi fué al Sr. Shuan sentado á la mesa con una botella de aguardiente al lado. Era hombre de elevada estatura, muy fornido y de tez bronceada. En el momento de penetrar yo en la cámara, aquel hombre me pareció estar embrutecido por la bebida.

No fijó su atención en mí, ni tampoco en el capitán, que me seguía de cerca y fijó en Shuan una mirada amenazadora. Yo temía mucho á Hoseason, y no me faltaban buenas razones

para ello; pero algo me decía que por el pronto no era peligroso para mí, y atrevíme á murmurar á su oído:

—¿Cómo estáis?

El capitán movió la cabeza como hombre que no sabe ni quiere pensar, y su semblante tomó una expresión sombría.

Poco después entró el Sr. Riach, quien dirigió al capitán una mirada, expresándole con ella, tan claramente como si hablase, que el chico había muerto ya. Después fué á ocupar su asiento, y los tres permanecimos silenciosos mirando al Sr. Shuan, que, con la vista fija en la mesa, no pronunciaba tampoco una palabra.

De improviso, el contramaestre alargó la mano para coger la botella; pero en el mismo instante el Sr. Riach se adelantó y cogióse la, más bien por sorpresa que por violencia, diciéndole con acento de enojo que ya había bebido más de lo suficiente y que por culpa de él iban á ser encausados los tripulantes del buque.

Y al pronunciar estas últimas palabras, Riach arrojó la botella al mar.

Shuan se puso en pie cual movido de un resorte, y sus ojos expresaron una amenaza de muerte, la cual hubiera cometido, sin duda, por segunda vez aquella noche si el capitán no se hubiese interpuesto entre los dos hombres.

—¡Sentaos!—gritó el capitán con voz de trueno.—¿Sabéis lo que habéis hecho? ¡Acabáis de asesinar á ese pobre muchacho!

Shuan pareció comprender, pues sentóse al punto y se cubrió la frente con las manos.

—Pues bien,—dijo;—lo he hecho porque me trajo un vaso sucio.

Al oír estas palabras, Hoseason, Riach y yo cambiamos una mirada de espanto. Después el capitán se acercó al contramaestre, cogióle de un brazo y le ordenó que se fuera á dormir. Shuan murmuró algunas palabras, como un niño rebelde, pero quitóse las botas y obedeció.

—¡Ah!—exclamó Riach con acento de enojo.—Debíais haber intervenido antes: ahora ya es tarde.

—Señor Riach,—repuso el capitán,—lo que ha sucedido aquí esta noche no se debe saber en Dysart: se dirá que el grumete se cayó al mar, y á fe que daría cinco libras de mi bolsillo para que pudiese ser cierto.

Y después de una pausa añadió:

—¿Por qué habéis arrojado la botella buena? Esto ha sido inútil.

—David,—díjome después, echándome una llave;—anda á sacar otra, que también el señor Riach beberá un trago.

Los dos hombres tomaron asiento, y mientras bebían, el asesino se incorporó y mirónos fijamente á ellos y á mí.

Aquella era la primera noche que prestaba mis servicios, y me bastó el día siguiente para aprender á desempeñarlos: debía preparar la comida para el capitán á horas regulares, permaneciendo con el oficial de guardia, á cada instante érame preciso correr de un lado á otro para dar de beber á quien lo pidiese; y por la noche dormía en la cubierta sobre una manta. La cama era fría y dura, y además no podía dormir nunca sin que me despertaran, pues siempre llegaba alguien á pedir un trago. No me explico cómo aquellos hombres podían conservar la salud, ni tampoco sé cómo no la perdí yo mismo.

Por lo demás, mi servicio no era muy fatigoso, pero no dejé de mostrarme algo torpe al principio, pues me caía algunas veces con lo que llevaba en las manos. El capitán y el señor Riach, no obstante, eran muy pacientes; lo cual me hizo pensar que trataban de ponerse bien con su conciencia y que no hubieran sido tan buenos para mí si no hubiesen sido tan malos para con Ransome.

En cuanto á Shuan, la bebida ó su crimen, ó tal vez ambas cosas, habían perturbado su espíritu, y no puedo decir que nunca le viera en su sano juicio. Erale, al parecer, imposible acostumbrarse á mi presencia; mirábame á veces con expresión de terror; y en más de una ocasión retiróse cuando yo me acercaba á él. Pronto me convencí de que no tenía clara idea de lo que había hecho, y al segundo día de prestar mis servicios adquirí la prueba. Estábamos solos y después de haberme mirado largo tiempo palideció como un difunto y se me acercó con grande espanto mío; pero no había razón para temer.

—¿No estabas aquí antes, muchacho?—me preguntó.

—No, señor,—contesté.

—Aquí había otro chico,—repuso;—¿quién es así?

—Sí, señor.

—¡Ah! ¡Ya me lo figuraba!—exclamó.

Y fué á sentarse en un rincón sin pronunciar una palabra más, como no fuera para pedir aguardiente.

Podrá parecer extraño, más á pesar del horror que me inspiraba aquel hombre, le compadecí. Era casado, y su mujer vivía en Leit; pero no recuerdo si tenía familia.

Mi género de vida no era entonces muy cansado, pero, según se verá, duró poco tiempo. Comía tan bien como el primero; se me daba mi parte de bebida, y hubiera podido embriagarme como el Sr. Shuan. No me faltaba tampoco buena compañía: el Sr. Riach me trataba con bondad en sus buenos ratos, y díome á conocer



muchos hechos no poco curiosos; y hasta el capitán parecía tomarme cariño y hablábame de los países que había visitado.

La sombra del pobre Ransome pareció estar presente para todos nosotros, pero sobre todo para Shuan y yo. Otra cosa inquietaba además, mi espíritu: servía á tres hombres que me inspiraban repugnancia más bien que otra cosa; y uno de los cuales, por lo menos, merecía ser

IX

EL HOMBRE DEL CINTURÓN DE ORO

Durante más de una semana la navegación continuó con más dificultades y tropiezos que antes. Había días en que el *Covenant* avanzaba muy poco, y otras veces érale preciso retroceder. Al fin fuimos impelidos tan lejos hacia el sur, que durante el noveno día fué preciso virar continuamente á la vista del cabo Wrath y de la pedregosa costa que se despliega á ambos lados. Con este motivo celebróse consejo de oficiales, y se tomó un acuerdo que yo no comprendí bien: sólo supe que se había tomado por viento favorable el que era contrario, y que corríamos hacia el sur.

En la tarde del décimo día reinó una niebla tan espesa y húmeda que no se veía la popa del buque desde la proa. Toda la noche estuve en la cubierta, y pude ver á los oficiales y marineros que escuchaban con la mayor atención, por temor á acercarse á los arrecifes. Yo no comprendía este término, mas á pesar de ello presentía el peligro y estaba muy excitado.

A eso de las diez de la noche, cuando servía la cena á Riach y al capitán, el buque chocó contra alguna cosa, produciendo sordo estruendo, y oímos varios gritos. Mis dos amos se pusieron al punto en pie.

—Ha chocado.

—No,—replicó el capitán;—es que han pasado un bote por ojo.

Los dos salieron presurosos.

Hoseason tenía razón: en medio de la niebla el bergantín había chocado contra un bote, haciéndole zozobrar con toda su tripulación, excepto un hombre. Este individuo, según supe después, iba sentado en la popa como pasajero, mientras los otros estaban ocupados en la proa. En el momento del choque la popa se elevó en el aire, y el hombre, que tenía las manos libres, saltó y cogióse

al bauprés del bergantín.

Para salvar así su vida en semejante apuro, era necesario que aquel hombre tuviese mucha agilidad, así como una fuerza nada común; y sin embargo, cuando estuvo sobre cubierta y le miré, mostrábase tan sereno como yo mismo.

Era un hombre de corta estatura, pero bien formado y enjuto como una cabra, de color muy oscuro y el rostro señalado por la viruela.

(Se continuará).



... saltó y cogióse al bauprés del bergantín.

ahorcado. Esto en cuanto al presente, y por lo que hace al futuro, veíame ya entre negros y esclavo como ellos. Tal vez Riach me prohibía por prudencia decirle una palabra más sobre mi historia; el capitán me rechazaba como un perro cuando decía alguna palabra para franquearme con él; los días pasaban rápidamente, con la tristeza en mi corazón; y sólo me distraía el trabajo, porque con él no pensaba en otra cosa.

Dolores

—Que cuente ahora el coronel alguna de sus aventuras amorosas,—dijo la dueña de la casa.

El coronel Sancho, siempre galante, tomó la palabra y dijo:

—Contaré algo muy viejo ya. Acababa de cumplir veintidos años y sólo hacía tres que, procedente del colegio de Valladolid, lucía mis galones de teniente.

»Mi regimiento estaba de guarnición en la ciudad de T^{***}, la cual, por más cabeza de partido y residencia de gobierno militar que fuere, era entonces y sigue siéndolo, una de las más aburridas poblaciones de Cataluña. El uniforme de lanceros de X^{***} tal vez era admirado allí, pero distaba mucho de ser querido, y únicamente tres ó cuatro familias se habían atrevido á abrir á los oficiales sus salones, y aún á costa de la murmuración de todo el pueblo.

»El Café era nuestro único refugio, y allí víamos como desterrados unos cuantos oficiales. Aprendí durante aquellos que juzgaba dos siglos, á jugar al billar, al dominó, á fumar de la mañana á la noche, á callejear, gastando los adoquines, á dormir la siesta y á acostarme con las gallinas. Hubiera prescindido de muy buena gana de aquel complemento de mi educación de soldado.

»Cuando nuestro coronel nos enteró que había conseguido nuestro relevo y que íbamos á salir de aquel purgatorio para ir á Barcelona, hubo en todo el regimiento el más entusiástico alborozo, y en un momento quedaron hechos los equipajes.

»Ya fuera de allí, creo que habría olvidado el nombre de T^{***}, si el ligero incidente, que voy á referir á ustedes, no hubiera venido un día á recordármelo.

»Hacia dos meses que nos hallábamos en Barcelona, cuando una mañana (estaba acostado aun), mi asistente me entregó una carta, cuyo aspecto yo no sé por qué, me hubo de extrañar. Venía timbrada de T^{***}, ¿quién podía escribirme desde allí, donde yo estaba seguro de no haber dejado ninguna deuda, ni ningún amigo? Abrí la carta con cierto sentimiento de curiosidad. Fui á ver la firma. ¡Nada de firma! ¡Era un anónimo!

»Me apoyé de codos sobre la almohada, y empecé á leer. Voy á decir á ustedes el sentido de las líneas que desfilaron bajo mis ojos:

«Señor teniente, Don... etcétera.

»Muy señor mío: Quizás extrañará á usted que le escriba un desconocido, y que al hacerlo se abstenga de firmar la carta.

»Espero,—me decía mi anónimo corresponsal, —comprenderá usted que conserve el más riguroso incógnito. No tengo el honor de pertenecer al número de sus amigos; pero sé perfectamente, y esto me basta, que me dirijo á un cumplido caballero. No dudo de que no faltará usted á la confianza que voy á demostrarle

»No creo engañarme, al decirle que durante el tiempo que ha estado de guarnición en T... ha debido usted fijarse en una de las señoras que gozan aquí de mejor reputación, la hechicera Lola Comas, casada con el dueño del almacén de quincallería de la calle de Santiago.

»Recordará usted, que el día antes de salir su regimiento para Barcelona, entró usted al mediodía en la tienda de Comas. Testigo presencial, no he olvidado ningún detalle del inci-



»lente. Fué usted á recoger unos gemelos y un estuche de matemáticas que había mandado á componer. En ausencia de su marido le recibió á usted Dolores y le manifestó usted que, temiendo que partir aquella misma noche, iba á llevarse aquellos objetos.

»A tal noticia, Dolores palideció tan horriblemente, que creí se iba desmayar. Usted estaba distraído mirando un barómetro de música y no se fijó en su emoción; pero bien advertí, que falta de fuerzas se deshizo en llanto, tan pronto hubo usted partido.

»—No me encuentro bien.—dijo para explicarme sus lágrimas;—tengo los nervios tan excitados que, como otras veces, lloro sin saber por qué.

»Demostré que daba crédito á la causa á que atribuía Dolores su emoción; pero no puedo haberme engañado, caballero. ¡Dolores ama á usted! Estoy en esta convicción. Hace dos meses que su estado es fatal. Su melancolía es

»tanta que temo por su vida. Su marido mismo
»se ha inquietado, pero viéndose obligado á ir
»á recoger una herencia en la Cerdaña, la llevó
»á Barcelona á casa de su hermana, para que la
»acompañara á consultar con un médico de va-
»lía respecto á su misteriosa enfermedad.

»Dolores obedeció sin replicar, y actualmente
»se encuentra en Barcelona, pero según carta
»que ha recibido una de sus amigas, el miércoles
»debe regresar en la diligencia que sale á las
»nueve de la Fonda de Oriente, en la Rambla
»del Centro. Dice que vuelve peor que antes, y
»pide á su amiga haga preparar lo necesario
»para cuando llegue, que será por la noche.

»¿Qué le diré á usted, caballero? ¿Añadiré que
»por poco que le interese, después de lo que
»ha leído, la suerte de la Sra. de Comas, tomará
»usted el miércoles un asiento en el mismo coche
»que ella?

»Tengo la seguridad de que no estoy enga-
»ñado, y la primera mirada de Dolores se lo
»demostrará todo. En este caso, le ruego que
»se muestre generoso y devuelva la calma al
»corazón de mi pobre amiga.

»No puede usted imaginarse el esfuerzo que
»hago al escribirle; es de los que están por en-
»cima de las fuerzas humanas. Siento que me
»faltan ya las mías, y aquí termino mi carta.»

»—¡Demontre! — exclamé después de haber
leído aquella epístola.—¡Nunca hubiera creído
tan inventivos á los vecinos de T***! ¿Cómo dia-
blos puede habérsele ocurrido semejante enredo
al autor de ese anónimo? ¿Qué objeto se puede
proponer? ¿Divertirse á costa de un lancero de
veintidos años? Pero ¿por qué? ¿Es un amante?
¿Es un celoso? ¿Es el marido de Dolores, que
movido por una sospecha absurda, quiere procu-
rarse el gustazo de verme llegar olfateando,
para divertirse primero un poco y enfadarse
luego?

»Recuerdo perfectamente que fui al estable-
cimiento de Comas á recoger mis gemelos y el
estuche; que aquel día no estaba allí el señor
Comas y sí una señora, que ahora sé que se
llama Dolores. Es muy linda, ojos azules admi-
rables, y unas pestañas negras que dan á su
semblante un caracter enteramente extraño;
cabellos soberbios, un talle encantador; pero con
todo eso un talante más bien duro y altanero
que tierno, si no ando trascordado.

»En fin: ¡al diablo los enigmas! No estamos
en día de Inocentes para que me vengan con
tales bromas; y en esto me levanté, me vestí y
salí á la calle, pero no podía quitarme de la ca-
beza la carta anónima, y sin apercibirme, me
encontré en la Rambla del Centro, frente á la
Fonda de Oriente, y pronta á partir, había una

diligencia, pues estaba ya en su puesto el ma-
yoral, y en el cupé no iba más que una señora,
me fijé, y reconocí á la de Comas. Sentí fiebre
de curiosidad y de aventura, me precipité en la
administración y pedí un asiento de cupé para
T***. Di el dinero, me entregaron el billete y
subí á la diligencia, que partía en aquel preciso
momento, saludando á la viajera, que ni siquie-
ra me contestó.

»—La cosa está clara,—me dije, recostándome
de muy mal humor en un rincón del carruaje.—
Todo se explica, por haber allá un fulano que
ha querido fnese. Bueno, pues: iré, iré hasta
T***, pero ya veremos á quien le quedarán más
ganas de reir; pues si descubro al guasón que
me ha escrito, le ajustaré bien las cuentas.

»Hacia seis mortales horas que viajábamos,
cambiando de tiro ya tres veces; habíamos co-
mido en el camino sin que en nada hubiese cam-
biado la actitud de mi vecina, que cada vez la
encontraba más fría y también más linda.

»Durante la comida, me había permitido ofre-
cerle vino, y me había contestado con un *gra-
cias* más fresco aún que el agua en que mojaba
los labios.

»Habíale ofrecido mi mano enguantada para
subir al coche y había preferido la manaza del
mayoral. Habíale preguntado si deseaba que
subiera los cristales, respondiéndome lacónica-
mente que le era igual. Me permití insinuar
que iba á helar, y por toda respuesta, dirigió
una mirada vaga al horizonte.

»En fin, ni una palabra, ni un gesto, ni una
mirada, que no hubiese podido dirigir ni negar
á cualquier otro, que, por casualidad, hubiera
sido su compañero de viaje.

»Llegamos á un puesto en que se encuentra
una célebre cuesta. Era tradicional que en este
sitio los viajeros bajasen del coche y subiesen
la cuesta á pie. Acepté la proposición, pero la
señora hizo los oídos sordos.

»Iba yo en traje de cuartel. La temperatura
del cupé no eran de las que hacen hervir la san-
gre y aquella marcha me sentó bien; entré en
calor, y al volver al coche, mi resolución estaba
tomada.

»—Señora,—dije á mi vecina así que hube to-
mado asiento,—el silencio mantenido con usted
desde esta mañana, ha debido probarle que no
soy hablador ni un importuno, y crea usted que
si lo rompo es por algo serio, por algo que le
importa á usted saber.

»La interpelada se volvió casi vivamente
hacia mí.

»—Señora,—continué,—no es la casualidad
la que le ha dado á usted por compañero de via-
je al que tiene el honor de hablarle; si he subido
á este coche, es que no tenía otro medio para

una confianza, que una circunstancia inexplicable me pone en el caso de hacerle. He recibido una carta de T*** esta mañana, un anónimo que se refiere á usted más que á mí. Si no es obra de un loco lo será de un miserable. Sólo la lectura de esta carta puede ponerla en guardia contra el lazo que se la tiende.

»—Caballero,—me dijo,—el uniforme que usted lleva no está en olor de santidad en la población en que vivo, pero le creo á usted persona seria y decente, y puesto que desea conozca esa carta, puede leerla.

»Permaneció inmóvil mientras duró la lectura. Cuando hubie concluido, se echó el velo en la cara, y volviéndose lentamente hacia mí, se mantuvo en la actitud de una persona que reflexiona antes de tomar una determinación. Pero en breve, fijando en mí, á través de su velo, la mirada más tranquila y más dulce que haya dirigido nunca mujer alguna, contestó:

»—Le ruego que ni en T*** ni en ninguna otra parte, dé un paso para descubrir al autor de la carta. Los que escriben anónimos tienen siempre sus razones para no dar la cara. La mano que ha escrito el que nos ocupa se guardará bien de hacerse traición.

»Ningún hombre, en su lugar de usted, hubiera dejado de creer que era verdad lo que contenía ese anónimo: usted no ha tenido, ni un solo instante, el pensamiento de que eso fuese nada mas que una novela. Nunca le quedaré bastante agradecida por ello, y, sin embargo, todo era verdad en esa carta, todo ó casi todo. ¡Ah! Amigo mío, yo no hubiera sido más que una despreciable coqueta si hubiese conseguido hasta el fin ocultarle á usted mi secreto. ¡Bendita sea la mano, pues, que se lo ha denunciado á usted primero! Sin ella hubiéramos quedado para siempre desconocidos uno á otro, mientras que hoy sólo puede haber entre nosotros una distancia puramente material. ¡Va usted á ser tan bien amado, que, desde Barcelona, sentirá usted mi corazón latir entre el suyo como si nada nos separase!

»En este punto podría concluir mi historia, señores, y dirían ustedes que el coronel Sancho no se la hecho el remolón para encomiar las conquistas del teniente del mismo nombre. Pero no estamos aquí para admirarnos mutuamente, sino para instruirnos, y por dolorosa que pueda ser para mí, aunque después de quince años transcurridos, la confesión que me queda por hacer, llegaré hasta el fin.

»Sólo reclamo de ustedes una cosa, y es indulgencia para Dolores Ramos. No es que yo sos-

tenga que deban excusarse las faltas de una mujer por lo mismo que nos aprovechan á nosotros. Pero imagino que para ser justo con esas organizaciones extrañas, que dan en una hora de delirio y de generosidad loca todos sus bienes lentamente amasados, sería bueno preguntar qué pasado ha precedido á sus debilidades, y qué es lo que ha podido, lo que ha debido, algunas veces, producirlas. Quizás, cuando hayan ustedes podido apreciar al Sr. Comas, con el cual tendré que hacerles trabar conocimiento en lo que me queda que decir, quizás entonces comprenderán ustedes que les pida un poco de clemencia para Dolores. No creo que la moral pueda perder gran cosa en que quede probado que todo efecto debe remontarse á su causa, y



que es raro, por consiguiente, que ciertas faltas no den lugar á que haya dos culpables.

»Eran las dos de la madrugada cuando llegamos á T***. Como había previsto mi vecina, todo pasó de la manera más natural del mundo. El mayoral, siempre atento, le ofreció hacerla acompañar por algún mozo de la administración si temía ir sola; pero su vieja criada había ido á recibirla con una linterna y algunos pañolones.

»—La señora encontrará el brasero bien encendido en su cuarto y buen caldo en la mesa,—dijo la anciana sirvienta.—¿Cómo está usted?

»—Bien, Rosa, bien,—respondió Dolores.—Sólo tengo ganas de dormir. Podrá usted acostarse en seguida.

»—No estoy cansada,—respondió Rosa;—he dormido en un sillón. La de Sureda estuvo en casa, y quería quedarse hasta que llegase la di-

ligencia. Pero su marido, que tenía mucho sueño, no lo ha consentido, y se han ido todos, dejándome sola. Dios se lo pague al Sr. Sureda, ya que, gracias á él, he podido descabezar un sueño.

»Había yo, al bajar de la diligencia, dirigido un sencillo saludo á la Sra. Comas y me coloqué aparte. Gran miedo tuve al oír la última parte de las confidencias de la buena vieja. Habíamos convenido, en efecto, que así que hubiese yo llegado me haría conducir ostensiblemente, por un mozo, á cualquier fonda de T***, que tomaría allí un cuarto y que al cabo de una hora iría, mirando bien si me seguía nadie, á reunirme con Dolores, que me esperaría detrás de la puerta de la entrada de su casa.

»—Volverá usted á partir para Barcelona en la diligencia que sale á las seis,—me había dicho.—Jamás, jamás, se dejará usted ver de nuevo en T***. Pero, puesto que está usted aquí, quiero que conozca usted mi casa y que mi casa le conozca á usted. Quiero que, pensando en mí, pueda seguirme usted en idea en todos los rincones de mi triste morada, y que desde ahora le recuerde de usted, la llene y la ilumine. Dios me perdonará por no haber tenido valor para resistir á este culpable deseo.

»Cuando encontré la manita calenturienta de Dolores detrás de la puerta entreabierta; cuando subí conteniendo mi aliento, la escalera que conducía á su reducida habitación particular, es decir, encima de los almacenes; cuando la primera mirada que eché en todo lo que animaba y caracterizaba aquel interior me hube dicho y redicho que todo aquello no era extraño creo, en verdad, que si no hubiese temido ser culpable de felonía para con mi guía, hubiera retrocedido.

»Toda mujer es maternal cuando ama: no hay pruebas pequeñas para su amor. ¿En qué se figuran ustedes se empleó toda la hora de espera de la Sra. de Comas? En arreglar su nido de manera que pudiese conservar de él un buen recuerdo, y en preparar, en una mesita, en la que había puesto dos cubiertos, una ligera colación, todo lo que había podido arreglar sin el concurso y á escondidas de Rosa.

»Cuando Dolores se vió en su casa, y me vió en ella, iluminóse su dulce rostro. Estaba á la vez seria y radiante, toda expansión y toda reserva. El amor es verdaderamente la belleza de la mujer, porque embellece á la más bella, porque ennoblece á la más noble. Dolores cedía á un sentimiento, al cual había por largo tiempo resistido; pero cedía valerosamente y con una especie de orgullo.

»La serenidad y la energía de Dolores acabaron por ganarme. Me di vergüenza de quedar

por debajo de aquella hermosa llama. Me encontré cobarde, al no atreverme á hacer la felicidad de otra, aun cuando aquella felicidad era quizás la mía. Me arrojé lleno de súbito enternecimiento á los pies de Dolores, besé piadosamente la orla de su vestido; le dije todo lo que dice un hombre sincero y verdaderamente enamorado á una mujer que encuentra digna de él, cuando la compromete, cuando la pierde. Le dije que la respetaba, que la adoraba, que la honraba, que era una santa á mis ojos, una víctima... ¡qué sé yo!... todo lo que á ella y á mí podía hacernos ilusión. ¿No es privilegio del amor que pretende, como el fuego, purificar todo lo que va á consumir?

—¡Cómo!—me decía ella, ébria de alegría.—¿Será posible que esta hora, ante la cual he retrocedido tan largo tiempo, que este mal, que este crimen, puedan parar en bien, y que tenga realmente en mi mano la de un hombre capaz de sacrificio, capaz de generosidad, capaz de amor hasta el punto de defenderme de mis propias debilidades? ¿Será cierto que tenga ante mí aquel momento de felicidad y olvido por el cual tantas veces he suspirado? ¿Será verdad que, cuando parta usted de aquí, podré decir con certidumbre: «—Había colocado bien mi corazón: no me había engañado?» ¡Ah! ¡Qué bueno es tener, por fin, abierta el alma y bien lleno el pecho!

»¡Pobre, pobre Dolores!

»¿Cuántos minutos había durado ya nuestra felicidad? No lo sé. Todo lo que sé es que en aquellos cortos instantes había descubierto en Dolores verdaderos tesoros de inteligencia y de bondad. Sentíase allí un alma de elección por hartos largos tiempo comprimida y que exalta una hora de libertad: pero nada de cólera contra la mano que había pesado tan implacablemente sobre su juventud.

»—He perdido desde hace una hora todo derecho á quejarme ni á acusar,—me dijo;—ayer hubiera podido decir y pensar lo que hoy no puedo pensar ni de...

»La palabra expiró en sus labios. Acababan de llamar á la puerta de la casa.

»Dolores corrió á la ventana que entreabrió.

»—¡Diosmío!—exclamó.—¡Comas! ¡Cuán pronto el castigo!

»Juntó las dos manos y cayó de rodillas delante de mí.

»—Es menester que vaya á abrir,—dijo.—¿Me ama usted lo bastante para someterse por mi causa á una humillación? Esta puerta,—añadió señalando una,—es la de un cuarto donde amontonamos los inventos que mi marido no considera aún perfectos. Entre usted: Comas no podrá estarse aquí sino algunos minutos. Así que

se haya retirado á su cuarto, me dirá usted adiós para siempre, y me perdonará usted, si se digna, la vergüenza de este momento.

»Estaba pálida como una muerta: solamente vivía en su rostro su mirada; pero no he visto ninguna más hermosa, más desesperadamente resignada en los ojos de una mujer.

»—Dolores,—le dije;—vamos los dos al encuentro de su marido.

»—No,—me dijo ella,—no... Perderme, será justicia; pero no consentiré que usted se pierda conmigo. Una mujer que ante el porvenir del hombre á quien ama no es capaz de imponerse todos los sacrificios sería una miserable. Yo puedo ser una loca; pero no una miserable, y llevaré sola el peso de mi locura.

»Oímos pasos en la escalera. La vieja Rosa, despertada por el alda-bonazo, había echado por el balcón del segundo piso la llave de la puerta á su amo.

»Comas subía.

»Dolores hizo un gesto suplicante: entré estremeciéndome en el cuarto que me había indicado. Mientras se cerraba la puerta detrás de mí, abríase para Comas la que me había dado acceso á la estancia.

»Al alargar algo el brazo sentí al alcance de mi mano un sillón que me pareció de dimensiones muy holgadas: lo palpé con la punta de los dedos en todos sentidos para asegurarme de que estaba vacío, y, pensando que aquella posición sería la mejor para esperar los acontecimientos, me senté en él.

»De pronto, una música de organillo callejero, chillona, violenta y que salía de todas partes me envolvió de la cabeza á los pies.

»Por una increíble irrisión de la suerte, la tocata que vociferaba el invisible instrumento era uno de los más populares aires de zarzuela, que conocerán todos ustedes: era la americana de *Una vieja*:

¡Ay, mamá, qué noche aquella,
en que el falso me decía...

»¿Recuerdan ustedes que en el anónimo de que he hablado antes se hablaba de cierto barómetro de música que me había llamado la aten-

ción en la tienda de Comas el día de mi partida de T***? Pues bien: no habiendo caído en gracia el barómetro, su autor había imaginado meter su música en la tripa de un sillón y disponerlo allí de manera que, bajo el peso de un cuerpo cualquiera, exhalase las quejas de la niña que le hablaba á su mamá de *la noche aquella*. Sin pensarlo, había sido yo el ejecutante, el director de orquesta de aquel odioso concierto. Al sentarme en aquel sillón ridículo me había sentado sobre aquella música endiablada, y había hecho traición así al secreto de mi escondite.

»Comas estupefacto, sin duda, al oír funcionar solo el sillón de música; Comas, cuya inespera-



llegada no me he explicado nunca, abrió bruscamente la puerta.

»Por más que estuviese armado de una pistola, retrocedí dos pasos al verme.

»Cien años que viviese no olvidaría la mirada siniestra que me lanzó el ser verdaderamente extraño y monstruoso á quien había ofendido: era un ser horrible, contrahecho, imagen de la más salvaje brutalidad.

»—Caballero,—le dije.

»—No tiene usted nada que decirme, ni yo nada que escuchar, señor lancero,—me replicó. Señalándome entonces á Dolores, extendida á mis pies:

»—Hé aquí su víctima de usted: tendremos, si á usted le parece, una cada uno. Su vida de usted me pertenece.

»Me lancé hacia él. Un balace que recibí en mitad del pecho me hizo tambalear.

»—¡Asesino!—exclamé.—¡Miserable asesino!

»—¡Yo asesino!—me dijo Comas con una tranquilidad que me hizo comprender la existencia que había debido llevar Dolores al lado de su verdugo.—¡Yo asesino! No lo diga usted, querido. Estoy en mi derecho, y no tengo nada que temer ni de Dios ni de los hombres.

»La buena vieja había corrido toda sofocada.

»—Rosa,—dijo Comas;—vaya usted á avisar al alcalde de barrio para ese lancero, y al médico ó á un cura para mi mujer, que se va á morir. Ande, ande.

»Cuando se tiene una bala en el pecho, no se



está mucho tiempo en pie. Subióseme la sangre á la garganta, todo dió vueltas á mi alrededor, tropecé y caí: había perdido el conocimiento.

»Al volver en mí, es decir, al cabo de cinco ó seis semanas, estaba acostado en una cama del hospital militar. Allí permanecí seis meses entre la vida y la muerte, y escapé, por milagro: la bala del quinquillero me había atravesado de parte á parte.

»Salí del hospital para comparecer ante el juez de primera instancia.

»Dolores no pudo asistir á la vista: la infortunada estaba más que muerta, estaba loca, y había sido encerrada en San Baudilio del Llobregat, algunos días después de nuestro fatal encuentro.

»Fui condenado á tres meses de arresto y á cuarenta mil reales de indemnización al señor Comas. Mi abogado me dijo que no me podía

quejar de la benignidad del fallo, y que no me apelase, porque me costaría más.

»No traté de defenderme ni de defender á Dolores: no me hubiera creído nadie, y, luego, ¿para qué?

»En cuanto á Comas, había dicho la verdad. Al asesinar me no corría ningún riesgo.

»Una cosa resultó de la prueba testifical que me dejó lleno de confusión. El anónimo que me habían escrito y fué encontrado encima de mí, era todo él de letra de Dolores. La novela que contenía había sido imaginada por ella, en medio del vacío y la tristeza de sus días, para acercarnos. Estoy convencido, aún hoy, de que, al escribir aquella funesta carta, la pobre mujer no había pensado sino en ver de cerca, á fin de poder juzgarle sin ser conocida de él, al que se había complacido en hacer el héroe de su sueño.

»Conseguí un día visitar á Dolores en el manicomio. El fantasma que me presentaron no era más que la sombra de mi querida, de mi brillante Dolores. La verdadera Dolores estaba ausente por entero. El alma había abandonado, del todo esta vez, aquel cuerpo, no había mucho tan encantador. ¿Había vuelto á aquel país de los sueños en que nos habíamos encontrado primeramente? Quiero esperarlo así, por ella. Pero, de todas maneras, el fuego, la llama, el amor, na estaban ya allí.

»Su locura era incurable. No me reconoció.

»La celadora me dijo que era dulce y muy obediente.

»—No habla nunca,—dijo pasándole la mano por la mejilla como hubiese hecho con una niña;—pero á veces canta.

»Durante casi un año tuve la triste dicha de poder visitar cada ocho días á Dolores. Lo intenté todo, sin éxito, para hacer brotar un fulgor de razón de aquella mirada que había visto tan hermosa y tan límpida. Dolores no era ya una mujer: era una cosa viviente aún, pero únicamente con la vida vegetativa. Cuando llegaba, venía hacia mí y buscaba en todos mis bolsillos los pasteles, las frutas, los confites que ocultaba en ellos con intención. Así obtenía una sonrisa. Pero ¡qué sonrisa, Dios mío!

»La última vez que la visité, me condujeron á la que había sido su celadora. Aquella buena mujer lloró al verme. Dolores había muerto, muerto cantando aquel estribillo que les ha hecho reír á ustedes.

—Hé ahí, señores, la fiel relación de la única aventura de mi vida que haya tenido los caracteres de una conquista.

J. H. M.

Un amigo mío, agente de negocios y hombre sumamente activo, la mayor parte de los días, sin tiempo para ir á su casa á almorzar, lo hacía en el primer *restaurant* que encontraba.

Es un hombre que tiene muy buenas ocuren-

puestas, hasta que todos, hubieron de declararse vencidos.

—¡Qué torpeza!—exclamó entnces, el proponente.—La primera condición, la más indispensable, para freir un par de huevos es... ¡que no estén ya fritos!

En cierto juicio oral, presentóse á declarar como testigo, un distinguido letrado. Al verle, el presidente, le dijo, con acento paternal:

—Amigo mío: olvide usted, por un momento, su profesión y .. díganos la verdad.



COSTAS DE RUVUMA

cias, y una mañana, según costumbre, entró en un *restaurant* y pidió un par de huevos fritos.

Sirvióselos el camarero y cuando mi amigo se disponía á comerlos, advirtió que había un cabello en el plato.

—Llévese usted esto, —dijo al mozo señalándole el plato.

—¿Pues no es eso lo que ha pedido usted, señorito?—preguntó aquél.

—Sí, señor, pero á mí me gustan los huevos... calvos.

Haciendo juegos de ingenio, en una tertulia, preguntó uno:

—Vamos á ver: ¿cuál es la primera condición que han de tener, los huevos, para freirlos?

Uno dijo:

—Ser frescos.

—¡Cá, no señor!

—Ser gordos,—repuso otro.

—¡Tampoco!

Los demás fueron dando otras varias res-



ÁFRICA PORTUGUESA.—BOSQUE DE RUVUMA

CHARADA

*Primera preposición,
dos y cuatro, una verdura;
yo nunca tercera y cuarta
porque las olas, me asustan.
Dos, cuatro, tres, población
en donde la sal abunda
y es un color, mi total,
que no va bien á las rubias.*

La solución en el próximo número.

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

LA
REVOLUCIÓN FRANCESA

POR
ALFREDO OPISSO

Ilustrada con magníficos y numerosos grabados
Un tomo en tela, 7'50 pesetas

LOS AMIGOS

POR
EDMUNDO DE AMICIS

Numerosos grabados intercalados. — Un tomo
en rústica, 5 pesetas.

LA ARAUCANA

POEMA POR
DON ALONSO DE ARCILLA

Esta edición se recomienda por lo esmerado de sus condiciones tipográficas y por las preciosas viñetas, originales de inspirados artistas, que acompañan al texto. No hay otra que la supere, por lo tanto, entre las muchas que existen. Un tomo en rústica, 3 ptas.

LOS VOLUNTARIOS DE LA MUERTE

NOVELA HISTÓRICA

POR
D. P. EDUARDO DE BRAY

77 cuadernos, que forman dos tomos, 19'25 ptas.
Encuadernada, 22'25 pesetas.

BIBLIOTECA ROSA

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molènes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Björnson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Koshah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.